

[Publicado previamente en: *Memoria y Civilización* 5, 2002, 39-76. Versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión y con la paginación original.]

© Texto, Javier Navarro

© De la versión digital, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

El impacto del helenismo en la aristocracia romana: cinco ejemplos para una época (196-146 a C.)

Javier Navarro

Universidad de Navarra

[-39→]

Resumen: Durante los cincuenta primeros años del siglo II a.C. Roma conquistó los reinos helenísticos, herederos del imperio que había creado Alejandro Magno. Como resultado de ello y de las nuevas relaciones la civilización griega entró a raudales en el alma romana, produciendo hondas transformaciones y permitiendo a Roma la creación de una cultura peculiar. La aristocracia romana fue el grupo social que absorbió los nuevos aires procedentes de oriente y al transmitirlo al resto de la sociedad. La biografía de cinco de los más importantes políticos romanos del siglo segundo permiten observar en detalle todo el proceso.

Palabras clave: Aristocracia romana, Senadores, Helenismo, Cultura romana, Cultura griega, Historia cultural

Abstract: During the first middle of the second century B.C. Rome conquered the Hellenistic kingdoms, heirs of the empire, which Alexander the Great had built. Thanks of them and the new relations, the greek civilization introduced into the roman soul, producing deep transformations, which permitted to the Romans the creation of a own culture. The roman aristocracy was the social group, who managed the reception of new ideas and led them to the rest of the society. The biography of five of the most important roman politics from the second century might be the best way to see the whole process.

Key words: Roman aristocracy, Senators, Hellenismus, Roman culture, Greek culture, Cultural history

1. T. Quinctio Flaminio y la libertad de los griegos (196 a. C.)

Entre las ciudades de la antigua Grecia, Corinto jugó siempre un papel destacado en la evolución general de la Hélade, casi al nivel del desarrollado por Atenas o Esparta. De ascendencia dórica, como buena parte de las ciudades del Peloponeso, debió de tener un origen **[-39→40]** marcadamente militar ya que la primera ciudad surgió a los pies de una de las fortalezas más imponentes del Peloponeso, el Acrocorinto, que vigilaba las comunicaciones entre la Grecia central y el resto de la Península; afirmación ésta corroborada por el hecho de que todas las fuentes antiguas insistieron en la pobreza de su territorio. En época arcaica destacó por su vigorosa participación en el proceso colonizador, realizado a la sombra del templo de Poseidón, sede de un importante culto a esta divinidad que incluía la celebración de juegos panhelénicos en su honor, conocidos como los juegos ístmicos ¹. El desarrollo de la historia de Grecia acentuó con los siglos el papel central de Corinto, siendo su momento cumbre el 480 cuando entre sus muros se constituyó la primera liga panhelénica, forzada por el avance de las tropas de Jerjes sobre Europa.

¹ J. Wiseman, "Corinth and Rome I: 228 B.C. - A.D. 267" en Hildegard Temporini - Wolfgang Haase (eds.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung*, II-7.1, Berlín, W. De Gruyter, 1979, pp. 438-548.

El protagonismo de Corinto, como centro de Grecia, no hizo más que crecer durante la Guerra del Peloponeso y, sobre todo, en el período inmediatamente posterior, cuando la resistencia a Esparta se organizó en torno a ella. Esta realidad debió de percibirla también Filipo II de Macedonia pues tras la batalla de Queronea, en la que Corinto no tomó parte, reunió entre sus muros una nueva liga panhelénica destinada, no como la anterior a la defensa contra el persa, sino a pasar a la ofensiva y a expulsar del Egeo al secular enemigo de los griegos; proyecto que se reafirmará cuando pocos años más tarde Alejandro Magno, también en Corinto, sea nombrado *hegemón* de Grecia.

Sin lugar a dudas todos estos acontecimientos pasarían por la cabeza de los habitantes de Corinto aquellos días del año 196, cuando se convocaron unos nuevos juegos ístmicos, los primeros tras la [-40→41] batalla de Cinocéfalos. Según cuenta Polibio ² gente de toda Grecia se concentró en mayor número que otras veces, no para presenciar las competiciones atléticas, sino porque corría el rumor de que se harían públicos los acuerdos de paz. La tensión llegó a su punto máximo en el momento en el que el procónsul T. Quinctio Flaminio, en un discurso en latín traducido al griego por un intérprete, anunció que todos los habitantes de Grecia, Asia y Europa quedaban libres, sin soportar ni guarniciones ni impuestos, pudiendo cada uno gobernarse por sus propias leyes ³. Pero cincuenta años más tarde, en el 146, el cónsul L. Mummió entraba en Corinto de otra manera. Tras derrotar al ejército de la Liga Aquea en el lado peloponesio del istmo, asaltó la ciudad, destruyó sus muros y edificios, vendió a sus habitantes como esclavos y envió a Italia uno de los mayores botines de obras de arte que jamás cruzara el Adriático.

No sería descabellado pensar que el siglo segundo, el siglo de las relaciones de Roma con Grecia y Oriente, comenzó en el 196 y que dichas relaciones fueron muy beneficiosas para ambas partes pues todos se enriquecieron de la mutua colaboración. Pero había que explicar qué sucedió realmente en esos primeros cincuenta años para justificar un cambio tan radical de actitud entre la proclamación en Corinto de la *eleuthería* de los griegos y el escarmiento tan ejemplar sobre la ciudad que se había convertido, por su historia, en la sustantivación del panhelenismo.

La investigación histórica, sobre todo las escuelas alemanas desde Droysen ⁴ a Bengtson ⁵, se ha ocupado intensamente de estos cincuenta años del siglo segundo, y con frecuencia ha calificado la actitud de [-41→42] Roma hacia los griegos como ambigua, ambivalente e incluso maquiavélica ⁶: respeto, admiración y aceptación de su cultura, por un lado; a la vez que violencia y rechazo por otro; lo que vendría a ser una especie de esquizofrenia, que llevaba a los romanos a actitudes contrapuestas ⁷. Unos investigadores han intentado justificar esa ambivalencia, pensando que la aristocracia romana se dividió en filohelenista y antihelenista, reaccionando Roma en función de los impulsos de unos o de otros. Algunos piensan que los romanos distinguían en la cultura griega entre valores y vicios, elementos a incorporar o a rechazar ⁸. También están los que opinan que los romanos separaban lo público de lo privado,

² Polib., 18.46.1.

³ Polib., 18.46.5; Liv., 33.32; Plut. Flam., 10; Apian. Mac., 9.4.

⁴ Johann Gustav Droysen, *Geschichte des Hellenismus*, Berlín, 1877.

⁵ Hermann Bengtson, *Griechische Geschichte von den Anfängen bis in die Römische Kaiserzeit*, Munich, Beck, 1960.

⁶ Mikhail Ivanovich Rostovtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico*, vol. I, Madrid, Espasa Calpe, 1967, p. 58. John Percy Vyvian Dacre Balfour, *Roman and Aliens*, Londres, Duckworth, 1979.

⁷ Hans-Joachim Gehrke, "Marcus Porcius Cato Censorinus" en Karl-Joachim Hölkeskamp, Elke Stein-Hölkeskamp (eds.), *Von Romulus zu Augustus: grosse Gestalten der römischen Republik*, Munich, C.H. Beck, 2000, pp. 156-158.

⁸ Dietmar Kienast, *Cato der Zensor*, Heidelberg, 1954, pp. 103-105; Nikos Petrochilos, *Roman Altitudes to the*

y mientras aceptaban lo griego en el ámbito personal, lo rechazaban, en cambio, de la esfera oficial ⁹. Por último, hay quienes, incluso, han llegado a pensar que los romanos tenían un problema psicológico derivado de un complejo de inferioridad en relación con los griegos ¹⁰.

Estas visiones, hasta cierto punto pesimistas y negativas hacia los romanos, se contraponen con las de los que piensan que tras dichas [-42→43] relaciones pudieron existir motivos muy distintos. La aristocracia romana del siglo segundo era esencialmente helenística, pues Roma aceptó sin reparos dicha cultura; es más, sin la intervención de Roma sin duda el helenismo no hubiera tenido la expansión que tuvo. Pero por otro lado, el senado nunca olvidó que en su relación con Oriente debía dejar a salvo la *auctoritas* y la *maiestas* de Roma y que sus contactos con las *poleis* griegas y los reyes helenísticos tenían que seguir el camino de la *consuetudo* y del *mos maiorum*. En definitiva, la clave para entender el carácter de las relaciones de Roma con Oriente está en comprender que Roma asumió la cultura helenística en el momento en que conquistaba las naciones del Mediterráneo Oriental, dos procesos paralelos con manifestaciones aparentemente incongruentes.

La proclamación de la *eleuthería* de los griegos que Flaminio realizó en el estadio de Corinto no fue el inicio del contacto de Roma con la cultura griega. A comienzos del siglo segundo Roma conocía bien esta cultura y la había aceptado plenamente: la religión romana desde hacía mucho tiempo estaba influida por el *ritus graecus* y Roma se adornaba en múltiples sitios con divinidades claramente helenísticas. Desde el siglo cuarto aparecen los primeros consulares con *cognomina* griegos: Philus, Philippus, Sophus; a partir del siglo tercero poetas latinos afrontan la tarea de traducir al latín la literatura griega; la primera Historia de Roma la escribe Fabio Píctor en griego para que la lean, no los grecoparlantes que tenían otras fuentes de información, sino los mismos romanos; muchos testimonios, en definitiva, hablan de que tal o cual senador romano manejaba con gran fluidez y corrección la lengua de Homero.

Pero dicha helenización no se operó de una forma ciega o inadvertida, sino que se realizó al más puro estilo romano: absolutamente controlada y sirviendo a los intereses políticos. No existe mejor ejemplo para entender cómo se produjo este primer proceso helenizador que atender a dos fenómenos culturales de la república arcaica: el papel de los libros sibilinos y la génesis de la leyenda troyana. [-43→44]

Según la tradición analítica el rey Tarquinio el Soberbio adquirió de una extraña mujer unos libros de profecías procedentes de la sibila de Cumas, los cuales depositó en el templo de Júpiter para ser consultados en caso de necesidad ¹¹. El contenido de tales libros no ha llegado hasta nosotros, pero debió de ser idéntico a otros similares, muy populares en la Grecia del siglo VI; en general, un conjunto de remedios, de oraciones o invocaciones a dioses particulares, que oponer a los casos de necesidad. Probablemente los libros sibilinos entraron un poco más tarde, en el 431 cuando una epidemia de peste aconsejó la evocación del culto a Apolo, que como curandero recibió un templo dentro del *pomerium*, consagrado el 23 de septiembre, fecha del nacimiento del futuro Augusto ¹². A lo largo del siglo cuarto y tercero estos libros, escritos en griego, aconsejaron ante epidemias y peligros la introducción de nuevas divinidades como Esculapio, *Bona Dea* y la más sorprendente, en el 205, la *Magna Mater*, o Cibeles

Greeks, Atenas, National and Capodistrian University of Athens, Faculty of Arts, 1974.

⁹ R. McMullen, "Helenizing the Romans (2nd Century B.C.)" en *Historia*, 40, 1991, pp. 419-438.

¹⁰ Jean-Louis Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme: aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique, de la seconde guerre de Macédoine à la guerre contre Mithridate*, Roma, École Française de Rome, 1988, pp. 537-539.

¹¹ Dion Hal., 4.62.

¹² Liv., 4.25.3; 4.29.7.

que fue traída solemnemente desde Pérgamo. Igualmente los libros sibilinos alteraron la forma de culto tradicional romano, introduciendo el *ritus graecus* que facilitaba al individuo una mayor y más íntima relación con una divinidad protectora; rito mucho más humano que el pontifical, oficial y selecto, preocupado por el bienestar de la comunidad más que por el de los individuos. Así comenzaron los *lectisternios*, el primero en el 399, las *supplicationes*, donde lo sentimental y religioso se mezclaba por primera vez en la religión romana, y los *ludi*, alegres y festivos, en honor de las nuevas divinidades ¹³.

Esta evidente helenización fue absolutamente querida y consentida por el senado romano, como demostró 1992 Kurt Latte en su [-44→45] magnífica monografía sobre la religión romana ¹⁴. No fue fruto de una pasión descontrolada o de la mera influencia de visitantes ocasionales. La consulta de los libros sibilinos era un privilegio exclusivo del senado de Roma, el cual nunca cedió este evidente medio de transformación. La experiencia enseña que en Roma la religión estuvo siempre al servicio de la política y nunca al revés, y estos libros fueron en la República arcaica un magnífico instrumento político. El senado no sólo se reservaba la decisión sobre la oportunidad de una consulta, sino que además debía aprobar la aplicación del remedio indicado. Para más control, tanto la lectura de los libros como su interpretación estaba reservada a una cofradía sacerdotal, *duumviri* en el siglo quinto, *decemviri sacris faciundis* a partir del 367 ¹⁵, expertos en cuestiones sagradas y única autoridad interpretativa. Lo que es obvio es que la helenización de la religión romana fue querida por el senado, que impuso además los momentos de su desarrollo.

Desde hace mucho tiempo la crítica histórica ha reprochado a los romanos el haber justificado su conquista de Oriente a través de la leyenda troyana. El deseo de venganza por la destrucción de la primera Ilion explicaría muchos de los actos de brutalidad y el trato que Grecia recibió de manos de Roma, a la par que justificaría su derecho al gobierno del mundo ¹⁶. Así, concluye esta corriente de opinión, [-45→46] este mito no fue otra cosa que una mera creación intelectual al servicio del imperialismo romano. Esto podría haber sido así si hubieran sido los romanos los que crearon la leyenda de Eneas, o hubieran sido los primeros en servirse de ella, pero en los últimos años la investigación ha avanzado notablemente en este aspecto, llegándose a saber cómo fue su origen y qué papel real jugó en el imperialismo romano y en las relaciones de Roma con Grecia.

Eric Gruen, en una publicación de hace unos años, ha mostrado cómo en el mundo clásico llegaron a existir dos versiones sobre los orígenes de la *gens romana*: la troyana, seguida por los escritores latinos y consagrada por Virgilio, y una griega, de tradición incluso más fuerte y persistente que la anterior, que reivindicaba un origen griego para Roma ¹⁷. Esta segunda corriente se inició muy pronto, ya en el siglo cuarto, cuando Roma empezó a entrar en la conciencia griega. El mismo Aristóteles, y con él su escuela, sostenía que la colonización de Italia se hizo con caudillos aqueos, no con troyanos, que de vuelta a casa terminaron en las

¹³ Jean Bayet, *Historia política y psicológica de la religión romana*, Madrid, Cristiandad, 1984.

¹⁴ Kurt Latte, *Römische Religionsgeschichte, Handbuch der Antertumswissenschaft*, V.4, Munich, Beck, 1992.

¹⁵ Liv., 6.37; 12.42.2; Dion Hal., 4.62.4.

¹⁶ Jacques Perret, *Les origines de la légende troyenne de Rome (231-81)*, París, Société d'édition "Les Belles lettres", 1942; del mismo autor, "Rome et les Troyens" en *REL*, 49, 1971, pp. 39-52. Peter Toohey, "Politics, Prejudice and Trojan Genealogies: Varro, Hyginus and Horace" en *Arethusa*, 17, 1984, pp. 5-28. Para una visión de conjunto: Andreas Alföldi, *Die trojanischen Urnahmen der Römer*, Basilea, Buchdr. F. Reinhardt, 1957; Franz Bömer, *Rom und Troia. Untersuchungen zur Frühgeschichte Roms*, Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft, 1951; Nicholas Horsfall, "Some Problems in the Aeneas Legend", *CQ*, 29, 1979, p. 372-390.

¹⁷ Erich S. Gruen, *Culture and National Identity in Republican Rome*, Ithaca, Cornell University Press, 1992, p. 6-51.

costas de Italia¹⁸. Dionisio de Halicarnaso, en época de Augusto, mantenía que la población de Italia procedía de la Arcadia y que Evandro colonizó el Lacio 60 años antes de la guerra de Troya, lo que le permitió afirmar que Roma era una de las más importantes ciudades de los griegos¹⁹. Plutarco, un poco más tarde, en su vida de Rómulo²⁰, especuló sobre los posibles orígenes del fundador de Roma, hallándolos en el mundo griego: bien descendiente de Heracles, bien de un compañero de Diomedes o del propio Odiseo.

¿Cuándo y cómo nació este mito? Italia entró en el horizonte cultural griego a partir del proceso colonizador del siglo octavo, y [-46→47] junto a las nuevas colonias los pueblos itálicos empezaron a ocupar un puesto en el imaginario griego. Los "creadores de mitos" justificaron su existencia a partir de su mundo legendario; básicamente de los viajes de Ulises y los relatos de los *nostoi*. Roma no aparece propiamente hasta el siglo sexto, y cuando entra en dicho imaginario lo hace como ciudad griega, dando pie a la interpretación arriba señalada. El papel de los troyanos en la colonización de Occidente, al margen de los griegos, comenzó a tomar fuerza a partir del siglo sexto o quinto, cuando algunas ciudades de Sicilia como Eryx o Segeda reivindicaron este origen para su fundación²¹. Poco a poco esta alternativa se fue consolidando hasta ser aceptada definitivamente por los "creadores de mitos"²².

La pregunta realmente interesante sería cuándo alcanzó Roma esta leyenda y por qué se optó por unos orígenes troyanos. A la primera pregunta habría que responder que probablemente a partir del siglo cuarto: cuando Roma se hace con el control de la liga latina y empieza a interesarse por los asuntos griegos y a ser influenciada por las *poleis* del sur de Italia. La versión troyana tenían un claro valor político pues aseguraba la preeminencia frente a los latinos al ser Roma la heredera de Lavinium, con sus ferias y sus celebraciones panlatinas y de Alba Longa, que aunque ya no existía otorgaba clara raigambre antigua. Pero ¿por qué Roma eligió ser troyana y no griega, si esta segunda opción no hubiera sido discutida y le hubiera dado un papel igualmente destacado en el mundo helenístico? No por afán de confrontación o de antihelenismo, sino porque Troya le ofrecía dos cosas: por un lado introducirse en el mundo griego de héroes y dioses y [-47→48] adquirir el prestigio necesario de toda ciudad con un mínimo de pretensiones. Y, en segundo lugar, le aseguraba una cierta distinción, un lugar propio, diferente a los demás griegos: Troya no existía y podía ser utilizada como símbolo y propaganda. Esta opción helenizaba Roma, la ponía al nivel de las *poleis* griegas, pero a la par marcaba una evolución propia, un carácter distinto que se fue consolidando hasta su aceptación definitiva en el siglo segundo a manos de los analistas y escritores latinos²³.

Roma no utilizó este recurso para justificar su intervención en Oriente. De hecho el primero que empleó el origen troyano en el ámbito militar fue Pirro, que en el 280 animaba a las ciudades griegas de Italia a unirse contra los descendientes de los troyanos, asegurándoles la segunda destrucción de Troya en su condición de descendiente de Aquiles²⁴. Pero ninguna fuente fiable recoge la utilización de esta leyenda para justificar una intervención militar; en cambio son abundantes los testimonios de que tanto en el siglo tercero como en el segundo

¹⁸ Dion. Hal., 1.72.3-4.

¹⁹ Dion. Hal., 1.58.2.

²⁰ Plut. Rom., 2.1; 2.3.

²¹ Tuc., 6.2.3; Paus., 5.25.6. La información de Tucídides se supone que proviene de Antíoco de Siracusa.

²² El primer historiador que se hizo eco de esta tradición fue Alcimus que escribió hacia el siglo cuarto una historia de Sicilia y de Italia del que se han conservado fragmentos: Festus, 326, 328, *Alcimus ait, Tyrrenia Aeneae natum filium Romulum fuisse, atque eo ortam Albam Aeneae neptem, cuius filius nomine Rhodius condiderit urbem Romanam.*

²³ Gruen, *Culture and National Identity...*, pp. 29-31.

²⁴ Paus., 1.12.1.

fue empleada para facilitar los vínculos culturales y políticos con las ciudades griegas de Oriente y de Occidente.

Estos dos fenómenos culturales, los libros sibilinos y la leyenda troyana, informan de la actitud que Roma adoptó durante las república arcaica y media hacia la cultura griega: aceptación de sus beneficios en términos generales, pero sin perturbar lo específico y diferencial que suponía Roma. La sociedad romana debió de sentirse a gusto con las nuevas ideas procedentes de la Magna Grecia y les fue dejando vía libre, según las pautas de un detenido control. Roma comprobó la utilidad de la cultura griega, y que ésta era lo suficientemente flexible para soportar mensajes muy variados, permitiendo a los romanos un espacio propio y el desarrollar sus peculiaridades que también se forjaron en contraposición al espíritu griego. [-48→49]

La figura de T. Quintio Flaminio ha sido presentada como emblema o modelo de un comportamiento y de toda una época, pues no pocos autores opinan que fue el responsable de la línea política que Roma empleó en Oriente, basada fundamentalmente en el filohelenismo²⁵. De origen patricio, se formó militarmente en las fases finales de la Segunda Guerra Púnica a la sombra de personajes tan importantes como C. Claudio Marcelo o Q. Fabio Máximo, llamado *Cunctator*. Habiendo sido sólo cuestor en el 206, fue creado cónsul en el 198 a la edad de veintinueve años, recibiendo Macedonia como provincia y la dirección de la guerra contra Filipo V, que entonces se encontraba en un incómodo estancamiento²⁶.

El éxito de Flaminio, demostrado en junio del año 197 en la batalla de Cinocéfalos, no fue puramente militar, sino esencialmente diplomático ya que consiguió unir contra Macedonia prácticamente a toda Grecia, salvando viejas enemistades que hasta entonces parecían imposibles, como la colaboración entre Esparta y la Liga Aquea²⁷. E igualmente un triunfo diplomático fue la declaración de Corinto del 196 por la que las ciudades griegas quedaban libres y sin guarniciones, ni siquiera en los puntos fuertes de Grecia como Cálcis, Demetrias y Acrocorinto²⁸. Por esta razón Flaminio se convirtió en el [-49→50] prototipo del filohelenista, el amante de los griegos y de su libertad, y fue celebrado como tal no sólo en la literatura antigua, Polibio, Plutarco o Tito Livio, sino en la investigación histórica desde Mommsen hasta ahora.

Pero cabría preguntarse si esta línea de libertad y entendimiento fue la inicialmente pensada y querida por Roma en su sincero deseo de acercamiento a los griegos, y que sólo la evolución de los acontecimientos impuso una *realpolitik* que, ante temores más o menos fundados o ante la necesidad de alcanzar objetivos inmediatos, llevó a Roma a decidir medidas represivas o destructivas. O bien, también cabría, que la altisonante declaración de *eleuthería* pronunciada por Flaminio no fuera más que una estrategia bien pensada que facilitaría la penetración de los intereses romanos en Oriente.

El hecho sorprendente en todos los acontecimientos del 196 es que era la primera vez que Roma se pronunciaba en esta dirección²⁹. Desde la Guerra Pírrica y luego tras la Primera Guerra Púnica, Roma había entrado en estrecho contacto con ciudades griegas y nunca se

²⁵ Ernst Badian, *Titus Quinctius Flamininus: Philhellenism and Realpolitik*, Cincinnati, University of Cincinnati, 1970; Howard Hayes Scullard, *Roman Politics, 220-150 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1973.

²⁶ Una reciente biografía sobre Flaminio, en la que se acentúa especialmente su temperamento filohelenista en contraposición a otros nobles romanos, es la de B. Meissner, "Gaius Flamininus, oder: wie ein Aussenseiter zum Sündenbock wurde" en Karl-Joachim Hölkeskamp, Elke Stein-Hölkeskamp, (eds.), *Von Romulus zu Augustus: grosse Gestalten der römischen Republik*, Munich, C. H. Beck, 2000, p.156-158.

²⁷ Un reciente libro, sintético y a la vez completo, sobre la evolución general de la etapa helenística es Graham Shipley, *The Greek World after Alexander, 232-30 B.C.*, Londres, Routledge, 2000.

²⁸ Liv., 33.32.

²⁹ Un magnífico trabajo al respecto puede encontrarse en Erich S. GRUEN, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, I, Berkeley, University of California Press, 1984, pp. 132-157.

había pronunciado en términos de libertad. Ni siquiera cuando firmó la paz de Fénice, que puso fin en el 205 a la Primera Guerra Macedónica, reivindicó Roma la libertad para las ciudades que fueron *adscriptae al foedus* entre los dos contendientes. Ni el propio Flaminio, en las ocasiones en que pactó con los griegos o se entrevistó con Filipo V, habló en términos de *eleuthería*. Da toda la impresión que esta idea sólo tomó cuerpo tras Cinocéfalos y que fue decidida, no por Flaminio personalmente sino por el senado romano y por la comisión de diez senadores que dirigió las negociaciones de paz; en todo caso teniendo en cuenta las sugerencias del procónsul. [-50→51]

¿Dónde se puede encontrar antecedentes a este tipo de declaraciones? La primera ocasión que transmiten las fuentes antiguas fue la firma de la paz del Rey en el 386, auspiciada por Darío II y que puso fin a la guerra de Corinto. Pero realmente cuando este término empezó a usarse fue en el período inmediatamente posterior a la muerte de Alejandro Magno. Fue Poliperconte en el 319 el que, en nombre de los reyes de Macedonia y para apartar a las ciudades griegas de Casandro, les otorgó la libertad y las leyes anteriores a Filipo II ³⁰. Este ejemplo fue seguido por Antígono el Tuerto para conseguir apoyos contra los otros diádocos ³¹; y poco a poco se convirtió en una práctica habitual entre los pretendientes al imperio de Alejandro, hasta transformarse en un *slogan* reiterativo. Las guerra de los reyes se realizaban para restaurar la libertad de las ciudades y expulsar las guarniciones de los enemigos, a la vez que se instalaban nuevas para proteger dicha libertad ³². Con la estabilización de los reinos helenísticos la *eleuthería* siguió funcionando como medio de propaganda y las guerras entre los reyes se hicieron para liberar ciudades del dominio ajeno. El mismo Filipo V usó el término de *eleuthería* para dirigirse a las ciudades que liberaba o sometía a su autoridad ³³.

Es obvio que la declaración del 196 fue un producto de la formulación griega y está muy lejos del cinismo imperialista que algunos han querido ver. Durante la Segunda Guerra Macedónica Roma comenzó a conocer mejor a las *poleis* griegas y su intrincado sistema de relaciones, y pronto aprendió a hablar su mismo lenguaje [-51→52] diplomático, sin duda como signo de buena voluntad. Pero la *eleuthería* está muy lejos de tener consecuencias prácticas: muchas ciudades quedaron libres pero otras siguieron sometidas a entidades mayores, como por ejemplo a Pérgamo. De la misma manera que Magnesia en el 189 prefirió la *libertas* a una alianza con Roma ³⁴, también Caléis prefirió la *libertas romana* a la que podría ofrecerle Antíoco III ³⁵. Roma expandió su dominio por Grecia expandiendo la libertad de los griegos, y no había en ello en absoluto ninguna contradicción.

2. L. Cornelio Escipión Asiageno, vencedor en Magnesia (190 a.C.)

Una segunda oportunidad para evaluar las relaciones de Roma con Oriente la ofrece la guerra Antióquina, originada por los deseos de Antíoco III de restaurar el reino seléucida en los límites establecidos por Seleuco I, que incluían la Tracia y Europa. La guerra estalló propiamente en el 192 por la acción de los etolios, descontentos por lo poco alcanzado en la guerra contra Filipo V, y se extendió de forma muy limitada por Grecia, de tal manera que el

³⁰ Diod., 18.55.2; Syll.³ 317, 25-31.

³¹ Diod., 19.61.3.

³² Es interesante el trabajo de Gruen, *The Hellenistic World...* pp. 139-142, para comprobar la importancia que tuvo la guerra de conceptos y el dominio del lenguaje entre los reyes helenísticos, sobre todo a la hora de presentarse ante sus súbditos como defensores de la ejleuqueriva, aujtonomiva, demokrativa y ajforologiva.

³³ Polib., 4.84.4-5; 15.24.1-3; Liv., 32.22.10.

³⁴ Liv., 35.31.8-15; 35.39.6.

³⁵ Liv., 35.46.9-11.

cónsul M'. Acilio Glabrión no tuvo especial problema en reconducirla tras su victoria en las Termópilas.

La fase final de esta guerra fue un acto audaz del senado de llevar el conflicto a Asia para castigar la intervención de Antíoco. Los comicios centuriados eligieron en el 190 como cónsules a L. Cornelio Escipión y a C. Lelio, uno de los cuales debía asumir la dirección de la guerra ³⁶. Se desconocen los pormenores exactos de las decisiones tomadas en el 190, de si continuar la guerra o no, y de cómo le fue conferido su mando a Escipión; si Lelio le permitió escoger o le tocó [-52→53] en suerte la provincia; y, sobre todo, qué papel jugó su hermano, Escipión el Africano, en todo el proceso.

Lucio era el segundo hijo del cónsul del 218 y hermano menor del Africano. Las fuentes le han tratado bastante bien aunque nunca ocultaron que era de *infimo corpore* y además *imbellis* (incapaz para la guerra) ³⁷. Tuvo una formación militar escasa, siempre a la sombra de su hermano que lo empleó en diversas ocasiones en misiones diplomáticas. Fue creado cónsul en el 190 y se le encargó como provincia la guerra contra Antíoco, teniendo a su hermano, más capaz y preparado, como legado.

Los dos hermanos Escipiones desembarcaron en Grecia a mediados del verano y se pusieron en camino de Asia a través de Tesalia, Macedonia y Tracia. Tras cruzar el Helesponto, Lucio se dirigió a Troya donde sacrificó a Minerva y recordó el parentesco que unía a romanos y troyanos ³⁸. A finales del año el ejército romano se encontró con el de Antíoco en Magnesia, batalla que no pudo dirigir Escipión Africano por haber caído enfermo y tuvo que llevar a cabo Cn. Domicio Aherobarbo, aunque por supuesto bajo los auspicios del cónsul ³⁹. Pero esta contundente victoria no supuso para Lucio Cornelio Escipión un puesto de honor entre los *imperatores* y una ocasión para acrecentar la influencia de su familia sobre la vida política romana; sino que fue el inicio de un duro calvario para él y para su hermano que acabó con su expulsión del senado y del orden ecuestre en el 184 ⁴⁰. [-53→54]

Como primera medida, el senado no le renovó el *imperium* para el 189, sirio que le trasladó el mando del ejército a Cn. Manlio, uno de los cónsules de ese año, lo que privó a los hermanos Escipiones de dirigir las conversaciones de paz con Antíoco. En el 187 uno de los tribunos del pueblo procesó a Lucio por la sospecha de que se había quedado con quinientos talentos de la deuda de guerra que tuvo que pagar el rey seléucida, y que Lucio sostenía que pertenecían al botín de guerra. Del proceso y de una posible condena lo libró el veto de otro tribuno ⁴¹. Pero lo peor llegó durante la censura de M. Porcio Catón en el 184 que le retiró el caballo público, lo que suponía su expulsión del senado ⁴², a la vez que se abrió un nuevo proceso, instigado por Catón, esta vez contra el Africano por haber entablado conversaciones con Antíoco III siendo un simple privado.

La investigación histórica se ha planteado muchas veces si detrás de estas luchas políticas había algo más que meras rencillas personales, o bien se trataban del campo de batalla para dilucidar nuevas actitudes en el seno de la *nobilitas* romana. No pocos investigadores se han inclinado por esto último, y han querido ver una lucha sorda entre elementos filohelenistas, como los Escipiones, y antihelenistas, entre los que destacaría Catón el censor y otros

³⁶ Liv., 37.1.7-10; la información dada por Livio es muy extraña y sospechosa.

³⁷ Vir.ill., 53.1; Val. Max., 5.5.1.

³⁸ Liv., 37.37.1.

³⁹ Liv., 37.58.9; Apian. Sir., 30.38.

⁴⁰ Liv., 39.44.1. Una buena y extensa biografía de L. Cornelio Escipión Asiageno puede hallarse en F. Münzer, *RE*, IV, 1471-1483, n.º 337.

⁴¹ Liv., 38.54.60

⁴² Liv., 49.44.1.

nobiles influyentes⁴³. Nada más alejado de la realidad, pues en la Roma de estos momentos no había grupos antihelenistas, y si los hubo no se los percibe con claridad. Tales planteamientos responden a esas visiones de una Roma ambivalente, o incluso, esquizofrénica, que trata a los griegos a impulsos de sus luchas intestinas. Por ello merece la pena preguntarse ¿cual fue el trasfondo real de los procesos contra los [-54→55] Escipiones y hasta qué medida Catón podría calificarse como antihelenista?

A nadie se le escapa que la Antigüedad ha transmitido de Catón una imagen de romano al viejo estilo⁴⁴: conocedor del derecho, piadoso para con los dioses, sincero, austero, valiente en la guerra, más de hechos que de palabras; y que de él también se han conservado obras con múltiples advertencias a los peligros que suponía la penetración del helenismo. Junto a esta imagen la tradición no ha ocultado su honda formación helenística y su atracción por la cultura griega. El se formó a la sombra del políglota Enio y de él aprendió la lengua de Homero. Su obra *Orígenes* imita esquemas de autores griegos, cita a Homero, construye frases derivadas de autores como Demóstenes, e incluso introdujo giros y palabras griegas en el vocabulario latino. La educación de su hijo y la de todos los niños de su casa se la encargó a un preceptor griego. Cuando en el 184 decidió construir la basílica Porcia en el foro romano lo hizo siguiendo modelos griegos. Tras la batalla de Pidna defendió vivamente en el senado romano a los habitantes de Rodas que se habían vuelto sospechosos. En fin, sabemos que al final de su vida se dedicó a las letras griegas cultivando la filosofía, la historia, la gramática...

Catón era un *homo novus*, hijo de un caballero de la Sabinia, que había accedido al senado gracias al apoyo de importantes nobles romanos como C. Claudio Marcelo, Q. Fabio Máximo y sobre todo L. Valerio Flaco. La solidez de su promoción y lo asombrosamente rápido con que alcanzó el consulado, no se debió únicamente a sus excepcionales dotes militares y políticas, sino a que supo asumir como ninguno la esencia de la nobleza romana y sus reglas de juego. La gran cruzada de Catón no fue el antihelenismo sino la cohesión de la [-55→56] aristocracia romana frente a la acción de individuos que atentaban contra ella.

Hölkeskamp resumió en breves palabras por qué se caracterizó la *nobilitas* romana desde su aparición en el siglo IV, diciendo que por su carácter homogéneo y su unidad interior⁴⁵. El funcionamiento de la república arcaica y de la clase social que la llevó a su expansión por el mundo, se basaba en el equilibrio, a veces precario, entre la unidad del grupo y la rivalidad de sus miembros singulares. La *nobilitas* vivía en una continua tensión que pese a lo que podría parecer no debilitó su estructura sino que contribuyó a darle mayor homogeneidad, pues ambos elementos, cohesión y rivalidad, se necesitaban mutuamente. El prestigio, la capacidad de influencia y el *status* de los *nobiles*, objetivos fundamentales de la rivalidad, se obtenían a través del cumplimiento de las reglas y convenciones de la vida pública: sólo cuando el individuo cumplía con el grupo entonces podía destacar. A la vez, los éxitos individuales, tanto militares como políticos, contribuían poderosamente a justificar el papel rector del grupo en la sociedad. Así, individuo y grupo colaboraban mutuamente. Como consecuencia el senado tuvo que velar siempre por este precario sistema a través de un estricto control de sus miembros a fin de evitar que excesivos individualismos pudieran poner en peligro la estabilidad general.

⁴³ Véase especialmente Hans-Joachim Gehrke, "Römische Nobilität und Hellenismus", Berad Funck (ed.), *Hellenismus, Akten des Internationalen Hellenismus-Kolloquiums, 9.-14. März, 1994 in Berlin*, Tübingen, J.C.B. Mohr, 1996, pp. 525-541.

⁴⁴ Visiones muy contrapuestas se pueden hallar en Kienast, *op. cit.*, 1954; Gehrke, "Marcus Porcius Cato...", pp. 147-158, y Gruen, *Culture and National Identity...*, pp. 52-83.

⁴⁵ Karl Joachim Hölkeskamp, *Die Entstehung der Nobilität. Studien zur sozialen und politischen Geschichte der Römischen Republik im 4. Jh. v. Chr.*, Stuttgart, Steiner, 1987, pp. 241-258.

No fue otra que ésta la batalla que emprendió Catón en la que no estuvo solo sino respaldado por la mayoría del senado, consciente, no de los peligros de la helenización, sino de la acción disgregadora de individuos descontrolados movidos por el afán de riqueza o de poder. La cultura griega había comenzado a introducirse siglos antes de una forma ordenada y controlada; incluso en el siglo segundo ese control [-56→57] llevó a actos como el senado consulto de *Bachanalibus*, o a la expulsión de filósofos griegos en el 171. Pero Catón no intentó impedir su entrada, sino avisar a sus coetáneos de las características distintas y diferenciadoras de los romanos. Catón percibió el riesgo de ser envueltos en una cultura de más atractiva tradición e intentó establecer modelos o comportamientos más claros basados en la tradición romana, no para reprimir la cultura griega, sino para emplearla como medio de destacar las peculiaridades del carácter romano. Dicho de otra manera, Catón asumió la cultura griega no como un enemigo de los griegos, sino como un abogado de Roma. Por esto mismo no hay que extrañarse de que, entre los censores más destacados del siglo segundo, el que mejor y más fielmente intentó seguir los pasos de Catón fue P. Cornelio Escipión Emiliano, el creador del llamado círculo de los Escipiones y reconocido filohelenista por todos los autores de la Antigüedad. Emiliano en el 142 se esforzó, como remedio a los males del momento, por ahondar en un estricto régimen de moralidad al estilo del *mos maiorum*⁴⁶. Catón y Emiliano pertenecían al mismo grupo social y se movían por los mismos objetivos, quizá lo único que los distanciaba era un diferente estilo de hacer las cosas.

Probablemente no fue el antihelenismo de algunos sectores de la aristocracia romana lo que suscitó los procesos contra los hermanos Escipiones. Que duda cabe que Roma y el senado no podían estar menos que contentos por los éxitos de P. Cornelio Escipión Africano. De hecho su historia era un magnífico ejemplo del funcionamiento de la *nobilitas*: los éxitos del individuo repercutían, en primer lugar, en su prestigio personal e influencia: él fue *princeps senatus* desde el 199 [-57→58] a la vez que ejercía la censura; a la par, y en segundo lugar, esos éxitos daban cohesión al grupo, justificando su papel en la sociedad. Pero también su vida política estuvo marcada por "excepcionalidades" y novedades que debieron de levantar recelos y temores en muchos miembros del senado.

Es una dificultad que las fuentes no sean más explícitas a la hora de informar sobre cómo sentaron ciertas actuaciones del Africano entre sus iguales; pero los pocos datos que poseemos dejan entrever que Escipión se caracterizó por tratar los asuntos de estado de una forma demasiado personalista. La manera en que consiguió el *imperium* en Hispania en el 210 ya fue una novedad. Hasta ese momento en la República nunca se había concedido mando militar a un privado, a alguien que no sólo no había ejercido un magistratura *cum imperio*, sino que ni siquiera había sido magistrado. En el 206 inició conversaciones secretas con Sifax de Numidia para invadir África y atacar Cartago desde Occidente. En el 205 debió vencer una resistencia muy fuerte, principalmente de los otros grandes generales de la guerra púnica como Fabio Máximo, para que se le encargara el desembarco en África. En el 202, tras Zama, sostuvo conversaciones de paz con Cartago y le impuso condiciones sin aguardar la llegada de la habitual comisión de diez senadores: a esta comisión y al senado sólo les cupo aceptar lo que él había decidido. En el 198, sin haber esperado el intervalo de diez años, intentó hacerse elegir cónsul, en lucha con Flaminio, para obtener así el mando de la guerra en Oriente. Durante su segundo consulado en el 194 intentó que las tropas romanas no abandonaran Grecia y que su mando le fuera conferido a él; no en vano había llegado la noticia de que Aníbal se

⁴⁶ R. Pfeilschifter, "Andere Länder, andere Sitten? Mores als Argument in der republikanischen Aussenpolitik" en Bernhard Linke - Michael Stemmler (eds.), *Mos maiorum. Untersuchungen zu den Formen der Identitätsstiftung und Stabilisierung in der römischen Republik*, Stuttgart, F. Steiner, 2000, pp. 99-140.

había refugiado en la corte de Antíoco III. En fin, tras la batalla de Magnesia intentó imponerle al rey selúcida las condiciones de paz sin esperar la llegada de los *decemviri* designados por el senado⁴⁷. Esta [-58→59] fue sin duda la causa por la que su hermano Lucio fue rápidamente relevado en el mando en Oriente.

No cabe duda de que el proceso contra el Africano iniciado en el 184 y que provocó su abandono de la política, estuvo instigado por Catón. Y no cabe duda tampoco de que detrás de Catón se encontraban importantes familias romanas, posiblemente los *Claudii* y los *Fabii Maximi*. Él, Catón, había luchado a las órdenes de Fabio Máximo en la toma de Tarento y luego con C. Claudio Nerón en la batalla de Metauro en el 207. Además, le debía la *nobilitas*, el acceso al consulado, al hijo de C. Claudio Marcelo, el conquistador de Siracusa, que siendo cónsul en el 196 había dirigido los comicios de donde salió elegido cónsul. Pero pensar que estos *principes civitatis* eran antihelenistas, es desconocerlos totalmente. Aunque no poseemos muchos datos sobre ellos sabemos que eran personas cultivadas y amantes del arte griego. Cuando Claudio Marcelo conquistó Siracusa, preservó del saqueo de la ciudad sus muchas obras de arte que fueron enviadas a Roma iniciando un hábito muy seguido posteriormente⁴⁸. La misma actitud animó a Fabio Máximo cuando tomó Tarento en el 209 haciendo instalar la colosal estatua de Hércules, obra de Lisipo, en el Capitolio a la que adjuntó una suya en estilo griego⁴⁹. Además, ellos serían seguramente los primeros protectores del poeta Enio cuando se instaló en Roma y de otros cuya información no nos ha llegado.

Estas familias debían de estar seriamente enfrentadas a los Cornelios Escipiones, no sólo porque éstos se habían comportado como si la Guerra Púnica fuera un asunto de su familia y de alguna manera habían robado el protagonismo y el prestigio a otros *nobiles* igualmente merecedores de él; sino, sobre todo, porque estaban atentando contra las reglas básicas del grupo y por ello poniendo en [-59→60] peligro su existencia. A Escipión Africano se le reprochó que suplantara al senado y asumiera competencias y poderes que pertenecían exclusivamente al *populus*. En definitiva que tratara con potencias extranjeras y con reyes como si fuera uno de ellos.

3. L. Emilio Paulo, modelo de un aristócrata (168 a.C.)

Uno de los grandes prohombres del siglo segundo que contribuyeron a formar el imperio romano fue L. Emilio Paulo. Diez años más joven que Escipión Africano, su cuñado, y de la misma edad que Flaminio, era hijo del homónimo cónsul del 216 que murió combatiendo en Carinas contra Aníbal. Miembro del patriciado, comenzó su carrera en el 195 como cuestor y pronto alcanzó notoriedad cuando la suerte quiso que en el 192 ejerciera su pretura como gobernador de la Hispania Ulterior⁵⁰. En un desafortunado encuentro fue derrotado por los lusitanos dejando en el campo de batalla a seis mil hombres. Esta derrota, la primera de un ejército romano desde hacía muchos años, debió de frenar su carrera a pesar de que en el 190 consiguiera una victoria sobre los hispanos que le permitió asumir el título de *imperator*⁵¹. Por tres veces intentó acceder al consulado y sólo lo logró en el 182, recibiendo como provincia Liguria donde cosechó un notable éxito que le permitió pacificar completamente la zona.

En ese mismo año, siguiente a la muerte de Escipión Africano, además de coronar su carrera política, participó en la formación de unos lazos de *amicitia* que generaron el grupo

⁴⁷ Polib., 21.16; Liv., 37.45.4-21.

⁴⁸ F. Münzer, *RE*, III, 2738-2755, n.º 220.

⁴⁹ F. Münzer, *RE*, VI, 1814-1830, n.º 116.

⁵⁰ Liv., 36.2.6-15.

⁵¹ Liv., 37.46.7-8; Liv., 37.57.6-7; CIL II 5041.

político más influyente en la vida romana de ese momento; *amicitia* muy coherente que supo dirigir la expansión militar y la recepción de las influencias helenísticas. [-60→61]

La formación de esa alianza comenzó con el divorcio de Papiria, la hija del cónsul Papirio Masón, con la cual había tenido cuatro hijos: dos varones y dos mujeres. Aunque Paulo se casó por segunda vez, ninguno de los dos hijos de ese matrimonio sobrevivió a la infancia. Los dos varones del primer matrimonio los entregó en adopción a dos importantes familias romanas: a la de los Fabios Máximos y a la de los Cornelios Escipiones. El hijo mayor de Paulo fue adoptado por Q. Fabio Máximo, nieto del dictador y conquistador de Tarento, que será pretor en el 181, a la vez que éste también adoptaba al hijo de Cn. Servilio Cepión, cónsul en el 169, con lo que también los *Servilii* se sumaban a la *amicitia*. Así la antiquísima familia de los *Fabii* se perpetuará a través de Q. Fabio Máximo Emiliano y Q. Fabio Máximo Serviliano. El hijo de Escipión Africano adoptó al hijo menor de Paulo que pasó a llamarse P. Cornelio Escipión Emiliano, fortaleciendo los lazos que ya unían de antes a las dos familias. Las hijas también fueron incluidas en este sistema de alianzas familiares pues fueron casadas, una con el hijo de Catón el censor, siempre próximo a los Fabios, apoyando de esta manera el ascenso de la familia, y la segunda se casó con un Elio Tuberón, familia plebeya de reciente acceso al senado como los *Porcii* ⁵².

Gracias a estos lazos que unían a antiguos enemigos, Paulo alcanzó su segundo consulado en el 168 y, ya con sesenta años, le tocó en suerte dirigir la guerra contra Perseo, votada por el pueblo y el senado en el 172. El 22 de junio del 168 frente a la ciudad de Pidna libró una victoriosa batalla, con un saldo de veinte mil macedonios muertos y once mil prisioneros, que incluían al mismo rey, por lo que celebró un espléndido triunfo de tres días de duración ⁵³. Fue censor en el 164 y murió inesperadamente en el 160. Su funeral fue grandioso: se suspendieron todos los negocios públicos y una enorme procesión con las máscaras de sus antepasados y las representaciones de Hispania, [-61→62] Liguria y Macedonia le acompañaron a la pira, a la vez que se celebraban juegos gladiatorios y representaciones teatrales ⁵⁴.

En los días y meses siguientes a su victoria en Pidna, Emilio Paulo tuvo ocasión de mostrar su perfil más filohelenista, del que debían de participar muchos *nobiles* de aquel momento. Mientras el senado elegía la comisión de diez miembros que debía negociar la paz con Perseo, Paulo realizó un viaje por Grecia acompañado de su hijo Escipión Emiliano. El motivo oficial fue la inspección de las ciudades y el asentar partidos prerromanos en aquellas que se había declarado abiertamente rebeldes. Pero este viaje tuvo también un fin cultural y de acercamiento al mundo griego: visitó templos, contempló obras de arte, realizó sacrificios. En Atenas solicitó un cuadro para su triunfo y un tutor para el hijo mayor de su segundo matrimonio que por entonces tenía once años; los atenienses le ofrecieron al filósofo Metrodoro. En Delfos contempló un pilar cuadrangular que se estaba levantando ante el templo de Apolo para la estatua de Perseo y ordenó que se destinara a su propio homenaje. La estatua ecuestre de Paulo pasó a coronar el monumento de nueve metros de altura, se añadieron relieves históricos con escenas de la batalla de Pidna y se instaló una inscripción en latín con el texto de *L. Aimilius L. f. inperator de rege Perse Macedonibusque cepet* ⁵⁵. Fruto de este viaje fue también el primer contacto con Polibio y el nacimiento de sus vínculos con la familia de Paulo ⁵⁶.

⁵² F. Münzer, *RE*, I, 576-580, n.º 114.

⁵³ Plut. Aem., 12-27.

⁵⁴ Plut. Aem., 39.6-9.

⁵⁵ ILLRP 323.

⁵⁶ E. Flaig, "Lucius Aemilius Paullus, militärischer Ruhm und familiäre Glücklosigkeit" en Hölkeskamp - Stein-Hölkeskamp (eds.), *Von Romulus...*, pp. 131-146.

Antes de abandonar Grecia decidió organizar en Anfípolis un magnífico triunfo sobre Perseo, para involucrar al mundo griego en una celebración que luego se repetiría para la ciudadanía romana. Los [-62→63] actos fueron un espectáculo auténticamente romano que congregó a las embajadas de todas las ciudades griegas. El primer día, de los dos en que consistió, Paulo leyó en latín, siendo traducido por un pretor, la nueva ordenación de la Tracia, Macedonia y Grecia central decretada por la comisión senatorial. Macedonia quedaba dividida en cuatro unidades territoriales independientes y con expresa prohibición de ningún acuerdo entre ellas. El segundo día se procedió a la lectura de las disposiciones sobre los etolios y otras partes de Grecia. Tras las clásicas competiciones de atletas, Paulo, *capite velato*, procedió a la clausura de los juegos encendiendo una gigantesca pira de armas de macedonios que consagró a diversas divinidades romanas.

Estos actos propagandísticos, muy distintos de los organizados por Flaminio treinta años antes en Corinto, y el hecho de que Paulo ordenara la destrucción de setenta ciudades en Epiro, otras en Macedonia y Etolia, la deportación o esclavización de ciento cincuenta mil personas y la persecución despiadada de todo elemento anti-romano, ha llevado a muchos investigadores a incluir a Paulo en el grupo de los antihelenistas, de aquellos *nobiles* que mostraron a los griegos la faceta más violentas y represiva de la sociedad romana.

Ya hemos indicado más arriba, siguiendo las opiniones de Ferrary⁵⁷, que la clave para entender este proceso no está en la simple contraposición de sucesos y en observar hacia qué lado se inclina la balanza de la justicia histórica; sino más bien en comprender que Roma distinguió siempre entre helenismo y helenos y que recibió las aportaciones más cuantiosas de su cultura en el momento en el que conquistaba sus territorios. Esto lo comprendió perfectamente Paulo y la mayoría de los *imperatores* del siglo segundo que supieron distinguir entre cultura y política. Un hecho significativo está en que el vencedor de Pidna se dirigiera a la asamblea de ciudades griegas en Anfípolis en latín, siendo traducido por el pretor Cn. Octavio; [-63→64] exactamente lo mismo que hizo Flaminio unos años antes. Paulo conocía bien la lengua griega: tuvo ocasión de conversar en múltiples ocasiones con Perseo y con cientos de personajes griegos que se acercaron a él en aquellos días. Además, como botín personal se quedó con la biblioteca del rey que destinó a la educación de sus hijos. Pero ante un acto oficial como eran los juegos de Anfípolis debía dejar clara la *auctoritas* romana y la superioridad de su pueblo que había derrotado y ganado por derecho de guerra al pueblo griego. Dicha superioridad se demostró por el uso público de la lengua latina⁵⁸. De esta manera Paulo daba el modelo del aristócrata del siglo segundo: celoso por las glorias de su pasado, profundamente nacionalista, pero a la vez refinado, que cultiva la filosofía, la literatura y las artes en general.

A su regreso a Roma Emilio Paulo pudo celebrar uno de los triunfos más espectaculares que se habían visto en Roma. De tres días de duración, como el de Flaminio, recogió un majestuoso programa ideológico de hondo calado en aquel momento. El primer día contempló el desfile de doscientas cincuenta carretas cargadas de pinturas, estatuas y todo tipo de obras de arte obtenidas del saqueo de Macedonia. Al día siguiente una larga columna portaba las armas de los macedonios conquistadas en Pidna y setecientos cincuenta toneles con tres talentos de plata cada uno. El último día se destinó para el *triumphator*. El cortejo se inició con los ciento veinte bueyes destinados al sacrificio y que se prepararían en una cena para sesenta mil personas; a los bueyes siguieron nuevas carretas con objetos de oro y sobre todo las cuatrocientas coronas de vencedor enviadas por otras tantas ciudades griegas, luego los carruajes

⁵⁷ Ferrary, *op. cit.*, pp. 547-572.

⁵⁸ Gruen, *The Hellenistic World...*, pp. 267-270.

portando a los hijos de Perseo y al propio monarca y por último el vencedor seguido por su ejército coronado de laurel. [-64→65]

Esta imponente exhibición de los logros personales se convirtió en una constante en el siglo segundo. Prácticamente todo magistrado *cum imperio* soñaba, al acabar su magistratura, con el premio de un triunfo. El senado, en general, no regateó esta recompensa y de lo único que se preocupó fue de que se dieran unos requisitos mínimos: *imperium* apropiado, detentar los auspicios y una victoria suficiente.

Un triunfo suponía la máxima gloria para un *imperator*. Éste aparecía resplandeciente, vestido de púrpura, adornado de oro y coronado de laurel, moviéndose en procesión. Junto a él desfilaban los lictores, magistrados, senadores, soldados y los cautivos de guerra. Los clamores de todo el mundo a su alrededor lo elevaban a la categoría de los dioses, por ello no era de extrañar que un esclavo le susurrara frecuentemente al oído: *respice post te, hominem te esse memento*.

Pese a lo que algunos puedan creer, estas prácticas de exaltación personal no constituyeron un peligro para la cohesión de la *nobilitas*, sino todo lo contrario, ayudaron a reforzarla⁵⁹. Como ya quedó dicho, la aristocracia romana no temía los éxitos del individuo sino que los fomentaba. La estabilidad de la sociedad se basaba en el equilibrio entre la competencia de los *nobiles* y la cohesión del grupo. Sólo el consenso del *ordo*, permitía al individuo progresar y adquirir prestigio y éxitos, tanto políticos como militares; y esos éxitos y prestigio aseguraban el papel predominante del grupo ante los demás conciudadanos. Un triunfo combinaba como ninguna otra cosa lo individual con lo colectivo. No era una mera exaltación del *triumphator*, sino una ocasión en la que participaban magistrados y senadores como representación del grupo al que el afortunado pertenecía. Junto a él desfilaban otros triunfadores o aquellos que lo serían en el futuro. De [-65→66] esta manera el público recibía el mensaje del papel que jugaba la clase gobernante en la sociedad.

Junto a los triunfos, los funerales también contribuyeron a enviar la misma auto imagen: exaltación de lo individual a la vez que prestigio del grupo. Es sin duda alguna Polibio⁶⁰ el que mejor ha transmitido el contenido de una *pompa funebris*, y no sería de extrañar que cuando redactó dicho texto estuviera pensando en el funeral de su primer benefactor, Emilio Paulo. El cadáver del difunto era conducido con gran solemnidad hasta el foro donde se le exponía a la vista de todos. Allí, un hijo o un pariente recitaba los hechos y las gestas más importantes del fallecido, mientras el público lloraba su pérdida. Luego, se conducía el cuerpo a la pira acompañado por las máscaras de los más ilustres antepasados portadas por hombres vestidos según los méritos de los difuntos: cónsules, censores, triunfadores, etc. En el cortejo tomaban parte también magistrados y senadores que acompañaban así al difunto a su último destino.

Como se ha podido observar toda pompa era siempre una representación, donde se daban cita, de forma coherente, los hechos y méritos del difunto a la par que, a través de las máscaras de los antepasados, las insignias y los acompañantes, se hacía presente el grupo al que el difunto pertenecía para proclamar su distinción y sus servicios a la *res publica*. El pueblo, que según Polibio asistía al funeral, acababa metiéndose en él, percibiendo que no era sólo un acontecimiento familiar, sino una ocasión cívica para destacar las virtudes de los líderes al servicio del estado. [-66→67]

4. L. Mummius, *humanitas et ferocitas*: el saqueo de Corinto (146 a.C.)

⁵⁹ Erich S. Gruen, "The Roman Oligarchy: Image and Perception", en Jerzy Linderski (eds.), *Imperium sine fine: T.R.S. Broughton and the Roman Republic*, Stuttgart, Steiner, 1996, pp. 215-225.

⁶⁰ Polib., 6.53-54.

Los cincuenta primeros años del siglo segundo se cerraron con la guerra que enfrentó a Roma con la Liga Aquea por la supervivencia de esta última y el control sobre Grecia. Aunque inicialmente la guerra la dirigió Q. Cecilio Metelo, venido desde Macedonia, pronto le fue encargada a L. Mummio, uno de los cónsules del 146, que la resolvió con rotundidad, venciendo a la liga en el lado peloponesio del istmo de Corinto y saqueando dicha ciudad dos días más tarde.

Mummio era un *homo novus* cuyo padre no había superado la pretura, dificultad que venció con valía personal, demostrada ampliamente durante el gobierno de la Hispania Ulterior en el 153 ⁶¹. El consulado lo logró en el 146, después de dos candidaturas, recayendo sobre él la responsabilidad de la guerra en Acaya gracias a un senado consulto. Tras una inicial derrota de escasa significación, venció a la Liga Aquea y dio un escarmiento a los griegos con la destrucción de Corinto ⁶², la esclavización de su población y la conversión de su territorio en *ager publicus romanus*. Estas medidas drásticas se siguieron con otras ciudades que se habían levantado igualmente contra Roma como Tebas, Tespia o Calcis, que fueron saqueadas y destruidas.

Antes de regresar a Roma realizó un viaje por Grecia visitando con especial atención Delfos y Olimpia, donde realizó sacrificios y dedicó a diversos dioses. A finales del 145 ya estaba de vuelta en Roma donde celebró un triunfo en el que exhibió el mayor número de obras de arte griego que se había visto en Roma, que pasaron a decorar multitud de lugares de la Urbe y otras ciudades de Italia. Estrabón llegó a escribir que "el mayor número y los mejores monumentos públicos de [-67→68] Roma procedían de él ⁶³". En el 142 fue creado censor junto a Escipión Emiliano, el otro gran vencedor del 146, con el que tendrá serias diferencias. Mummio aprovechó esta magistratura para decorar Roma y puso especial atención en el templo de Hércules Victorioso ⁶⁴. Debió de morir poco después de la censura, quizás en el 140 ⁶⁵.

Durante su censura Mummio pudo dedicarse por entero al embellecimiento de Roma. Por supuesto que no fue él el introductor del arte helenístico en la Urbe, pues ya desde la conquista de Siracusa en el 212 se había iniciado la constante afluencia de obras de arte hacia Roma, pero Mummio fue sin duda uno de los grandes promotores de la renovación artística de la segunda mitad del siglo segundo.

La recepción en Roma del arte helenístico no fue un proceso ciego de simple imitación y repetición, como bien ha mostrado Pollitt en su estudio del arte helenístico ⁶⁶. Ya hemos advertido muchas veces que Roma incorporó la cultura helenística imprimiéndole su propio sello, que les distinguía claramente de los griegos; y es precisamente en el arte donde con mayor precisión puede observarse este fenómeno, tanto que a partir de mediados del siglo segundo ya no se debe hablar de arte griego o de arte romano, sino de arte grecorromano y especialmente en el caso del relieve histórico y del retrato, dos aspectos artísticos muy cultivados desde Roma.

Posiblemente el primero que usó el arte griego para emitir un mensaje romano fue Emilio Paulo en el monumento que erigió en Delfos tras la batalla de Pidna. En él hizo representar escenas de la batalla en las que se pueden identificar a los combatientes por sus armaduras, alejándose de esos combates legendarios y míticos entre [-68→69] dioses y gigantes, tan

⁶¹ Apian. Ib., 56-57.

⁶² Paus., 7.16.8; Iust, 34.2.6.

⁶³ Estrab. Geogr., 6.381.

⁶⁴ ILS 20.

⁶⁵ F. Münzer, *RE*, XVI, 1195-1206, n.º 7a.

⁶⁶ Jerome Jordan Pollitt, *El arte helenístico*, Madrid, Nerea, 1989.

del gusto de los griegos. El realismo es sin duda la característica dominante, tanto que uno de los combatientes ha conservado los suficientes rasgos fisionómicos para especular que se pudiera tratar del mismo Emilio Paulo: central en la escena, rasgos de cierta vejez, etc. El estilo del friso es claramente griego, el tema, la intención y la función, claramente romanos.

Igualmente el arte griego incidió sobre un elemento característico y tradicional del mundo romano: el retrato. No podemos adentrarnos en el apasionante mundo de *ius imaginum* y la significación de las máscaras en el culto a los antepasados, pero en el siglo segundo esta tradición se ve alterada por efecto del arte griego. Aunque no tenemos un número suficiente de retratos de este siglo, gracias a las acuñaciones monetarias se observa cómo en estos momentos comienza lo que luego será una característica del siglo siguiente: el hiperrealismo. Siempre ha sorprendido a los historiadores del arte y a todo estudioso de la retratística romana de época republicana su afán por marcar la rudeza del rostro, la vejez avanzada en las arrugas, la gravedad en la mirada, etc.; cuando el arte helenístico buscó frecuentemente la belleza ideal y la perfección en los rasgos.

La única explicación posible a este fenómeno es el claro deseo de los romanos, tanto de la aristocracia como de los demás niveles sociales, de expresar unos valores, un arquetipo, un ideal que no existía en el imaginario de los griegos. Con esta uniformidad los romanos gustaron representarse como personificación de la *gravitas* y del *mos maiorum*; ellos eran los gobernantes del mundo y lo gobernaban desde la experiencia y la sabiduría de los años. Además, esta vía ofrecía una segunda ventaja pues contribuía a alcanzar el objetivo de la cohesión de la *nobilitas*, pues se unificaba la imagen, o la autoimagen de los *nobiles*, en torno a una virtudes y valores aceptados por todos, evitando así la tentación del excesivo individualismo.

La utilización del arte helenístico por los romanos no fue pues de mera veneración. La aristocracia romana logró que los artistas griegos [-69—70] cambiaran su arte para expresar los logros de Roma y realzar sus particularismos: de algún modo las técnicas artísticas griegas, tan perfectas y avanzadas, se convirtieron en soporte, subordinado a un mensaje claramente romano⁶⁷.

5. P. Cornelio Escipión Emiliano, mecenas de las artes (146 a.C.)

El otro gran vencedor del 146 fue P. Cornelio Escipión Emiliano que concluyó la Tercera Guerra Púnica y sometió a la ciudad de Cartago al mismo castigo que a Corinto: la destrucción y desaparición temporal. Fue sin duda el personaje del siglo segundo que más atención ha recibido por la investigación y cuya imagen ha llegado más idealizada como consecuencia de su amistad con Polibio, que detalló sus campañas, de Posidonio, continuador de Polibio, y sobre todo de Cicerón.

Nacido en el 185, fue el segundo hijo que tuvo Lucio Emilio Paulo de Papiria, la hija del cónsul del 232 Papirio Masón. En el 182, durante el consulado de su padre, fue adoptado por su primo P. Cornelio Escipión, hijo del Africano, que le transfirió su onomástica completa. Su padre lo educó en los valores tradicionales romanos y en la cultura griega, aspectos ambos que influirán en su actuación posterior⁶⁸.

Su vida pública se inició como tribuno militar en el 151 a las órdenes de L. Licinio Lúculo en Hispania Citerior⁶⁹. En el 147 fue creado cónsul, sin la edad apropiada y sin haber

⁶⁷ Gruen, 1994, pp. 131-182.

⁶⁸ M. Zahrnt, "Publius Cornelius Scipio Aemilianus, der intrigante Enkel", K.J. Hölkeskamp, E. Stein-Hölkeskamp, (eds.), *Von Romulus zu Augustus...* pp. 159-171.

⁶⁹ Apian. *Ib.*, 53

presentado su [-70→71] candidatura pues él optaba a la edilidad, pero apoyado por los tribunos y por su popularidad, siéndole asignada la guerra en África.

Tras imponer la disciplina en el ejército acampado ante Cartago logró, ya en el 146 y con *imperium* prorrogado, tornar la ciudad al asalto, vendiendo a los supervivientes y sembrando de sal sus ruinas. Censor en el 142 con L. Mummio, realizó, como embajador, en el 140-139, un extenso viaje de inspección por Oriente al que le acompañó su amigo el filósofo Panecio. Cónsul por segunda vez en el 134, le fue asignada la Hispania Citerior y la conclusión de la guerra de Numancia, ciudad que tomó tras un largo asedio y que sometió al mismo castigo que Cartago o Corinto ⁷⁰. Murió poco después, en el 129, a la edad de cincuenta y nueve años en circunstancias extrañas, cuando preparaba un discurso ante la asamblea. En su funeral su amigo C. Lelio hizo una encendida defensa de su persona ⁷¹.

Más que por su actividad militar o conquistadora, Emiliano ha pasado a la historia por su calidad de mecenas y porque supo crear en torno suyo un círculo de intelectuales y amigos de enorme repercusión en la historia posterior de Roma, como bien supo mostrar en los años setenta Pierre Grimal en su conocida obra ⁷². Al círculo de los Escipiones pertenecieron políticos como C. Lelio o Q. Elio Tuberón, historiadores como Polibio o P. Rutilio Rufo, poetas de la talla de Terencio o Lucilio, incluso filósofos como el rodio Panecio que introdujo el estoicismo en Roma, siendo Cicerón uno de sus principales continuadores. Todos ellos con un denominador común: su gusto y admiración por la cultura helenística, pero desarrollada desde Roma y con valores y mensajes esencialmente romanos. Este círculo, sin duda el más destacado pero no el único existente en Roma, se mantuvo en [-71→72] la misma línea de todo el siglo segundo de aceptación de la cultura helenística para realzar las peculiaridades de Roma y servir directamente a las necesidades de su sociedad. No hay que olvidar que a diferencia de otras partes del Mediterráneo, al asumir los literatos latinos la cultura y las formas griegas, lo hicieron siguiendo fieles a su lengua materna, hasta tal punto de llegar a contraponer a la literatura griega una literatura propia de altísima calidad ⁷³.

Este círculo se ocupó de manera extraordinaria de la regeneración moral de la sociedad romana; tema que preocupó seriamente a Emiliano y que fue el centro de sus intenciones durante la censura que ejerció en el 142. A él le preocupaba la situación de abandono moral y de relajación que percibía en la sociedad del momento y que eran la causa de algunos desastres militares de la década de los cuarenta. De Emiliano no se conserva ningún texto escrito que pudiera detallar su pensamiento al respecto, pero las fuentes no han ocultado que se movía en la misma dirección que el suegro de su hermana, Emilia Tertia, Marco Catón, que no era otra que la de la cohesión y unidad en torno al *mos maiorum*. En cambio, otros miembros de su círculo sí que se manifestaron por escrito permitiendo descubrir este denominador común. Desde el propio Lucilio que con sus sátiras criticaba la relajación moral, no sólo de la aristocracia romana, sino también del mismo pueblo, animando a la vida virtuosa, a Polibio y Panecio que desde la cultura griega y desde fuera se involucraron en este proyecto.

No cabe duda de que Polibio aprendió a amar Roma a pesar de las sucesivas derrotas y de la violencia ejercida con su pueblo. Sus Historias, como ya expresó Momigliano ⁷⁴, son un

⁷⁰ Apian. Ib., 84-89; Liv. Per., 57.

⁷¹ F. Münzer, *RE*, IV, 1439-1462, n.º 335.

⁷² Pierre Grimal, *Le siècle des Scipions: Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques*, París, Aubier-Montaigne, 1975.

⁷³ Michael von Albrecht, *Historia de la literatura romana: desde Andrónico hasta Boecio*, vol. I, Barcelona, Herder, 1997, p. 78.

⁷⁴ Arnaldo Momigliano, *Alien Wisdom, the Limits of Hellenization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975.

canto de admiración [-72→73] a la cultura romana, que gracias a su constitución y estructura política se había hecho con el dominio del mundo ⁷⁵. Pero también él percibió la degeneración de Roma a partir de la Segunda Guerra Púnica, sobre todo cuando, tras el saqueo de Siracusa, comenzó a entrar el lujo en la sociedad romana, proceso que él ve ya agudizado en las jóvenes generaciones de mediados del siglo segundo. Es tal su impresión que no duda en predecir la decadencia de Roma por el hecho de estar afectada por los mismos males que él observa entre sus connaturales griegos. Por este motivo anima en sus escritos a la vuelta a las viejas formas romanas de explotación agrícola en las que el pequeño campesino extraía sus riquezas de la tierra y no del botín de guerra, exactamente la línea deseada por Catón ⁷⁶. No en vano Polibio alabará el discurso moral de Catón contra la extravagancia y las licencias de las jóvenes generaciones romanas ⁷⁷.

Igualmente Panecio, de quien sólo conservamos fragmentos y referencias, invitó a la clase política romana a una visión religiosa y moral y al ideal de servicio a la comunidad por encima de los intereses particulares. Según él el hombre de estado debía ganarse la confianza de la ciudadanía a través de acciones morales y ejemplares y porque su actividad fuera de utilidad para la comunidad. En ningún momento el gobernante debía dejarse llevar por instintos egoístas, sino por su naturaleza que debía de estar al servicio de sus conciudadanos; primero debía anteponer el bien común y luego el particular, pues lo que es bueno para los demás, es bueno para el gobernante ⁷⁸. [-73→74]

Con estas aportaciones, y ya para concluir, el círculo de Escipión se incluía en la tradición cultural más vigorosa del siglo segundo: la corriente que defendía la aceptación del helenismo como soporte de la conciencia y de la tradición romanas. Frente a lo que han pensado muchos autores, la cultura griega entró en Roma de forma pacífica, sin crear graves divisiones ni fisuras en la clase política, ni entre ésta y la generalidad del *populus*. Roma intuyó que la prestigiosa cultura griega no tenía porqué anular su carácter peculiar, sino todo lo contrario, que podía convertirse en el soporte sobre el que construir su propia civilización. Esta fue la razón por la que Roma desde el siglo V había ido evolucionando en función de las novedades procedentes de Grecia y no había razones para pesar que, en el siglo segundo, podría ser de otra manera

Este proceso provocó una consecuencia colateral de honda repercusión: la de que el pueblo romano fuera siempre consciente de que lo había aprendido todo de otros, de que había recibido los fundamentos de su civilización y de que nunca había llegado a desarrollar una cultura auténticamente peculiar; además, también era consciente de que había surgido como fruto de una amalgama de culturas, de una hibridación de procesos muy diversos que se habían operado en los orígenes de su conciencia. La percepción de esta especie de "secundariedad" cultural dotó a los romanos de una flexibilidad intelectual de la que no habían gozado otros pueblos anteriores y que facilitó esa característica tan extraordinaria del pueblo romano que fue su capacidad de integrar culturas muy diversas en un único fenómeno político.

Sin embargo, a lo largo del siglo segundo, sagaces observadores entendieron que su mundo estaba cambiando, que para bien o para mal nuevos valores más individualistas, más cosmopolitistas, estaban dañando la vieja convivencia asentada en la cohesión sin fisuras de la *nobilitas*. El círculo de los Escipiones fue el último intento de regenerar los viejos valores y la sociedad de cuño tradicional, pero expresándose con un vocabulario "moderno", más eficaz

⁷⁵ Polib., 1.1.5.

⁷⁶ A. M. Eckstein, "Phisis and Nomos: Polybius, the Roman and Cato the Elder", Paul Cartledge - Peter Garnsey - Erich S. Gruen, *Hellenistic Constructs*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. 175-198.

⁷⁷ Polib., 31.25.5a

⁷⁸ Grimal, *op. cit.*, pp. 306-312; Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme...*, p. 395-433.

para el último tercio del siglo segundo que el empleado por Catón. El tribunal [-74→75] del censor ya no era el mejor lugar para corregir las desviaciones morales o para prevenir cambios no deseados, sino que la nueva batalla era intelectual y de más hondo calado que nunca.

Entre el 196 y el 146 Roma creó un imperio, pero no lo percibió como tal hasta más tarde, hasta la etapa posterior a los Gracos, cuando algunas novedades ya habían hecho mella en su clase dirigente. Hasta el 133 Roma se comportó con el mundo exterior como había hecho siempre, como había aprendido en Italia y como había conseguido los éxitos más sorprendentes de la Historia de la humanidad: como el líder de una multitud de ciudades autónomas vinculadas entre sí por alianzas militares. Cuando Escipión Emiliano realizó entre el 140-139 su viaje por Oriente, visitando Egipto, Siria, Asia y muchos lugares más, lo hizo para tratar con ciudades aliadas, reinos amigos o pueblos extranjeros, todavía no existía la idea de un imperio, no había llegado aún el momento del *terrarum imperium* del que hablará Lelio en el discurso fúnebre de su amigo. Circunstancias parecidas se observan en las inscripciones funerarias y en las elegías de tantos senadores del siglo segundo donde se celebra los éxitos militares o el botín alcanzado y no hay huellas de la *prorrogatio imperii*, concepto tan ciceroniano y del gusto de muchos aristócratas del siglo primero.

La expansión romana se produjo sin una clara conciencia de estar formando un imperio. Sólo en el último tercio del siglo segundo Roma comenzó a advertir realmente en qué circunstancias se encontraba y sólo a partir de Sila comenzarán los primeros cambios para su adecuado gobierno. Las guerras del siglo segundo fueron guerras muy itálicas, donde el temor y el afán de seguridad frente a los vecinos jugaban un papel fundamental en las decisiones militares ⁷⁹. Además, dichas guerras, o dicho tipo de guerras, también servían a la [-75→76] aristocracia romana para cosechar éxitos y prestigio personales que sirvieran directamente al juego de poder entre los *nobiles* y fueran susceptibles de ser transmitidos a los descendientes ⁸⁰. Esa mentalidad de ambición continuó muy viva a lo largo de siglo segundo y fue la causa que guió, en muchas ocasiones, la expansión romana, que con frecuencia ponía por delante el interés particular al bien común. Pero la gran novedad, lo especialmente distinto, fue que el hundimiento precipitado e inesperado de los reinos helenísticos colocó en manos de Roma amplias superficies, lejanas y complejas, e inmensas riquezas a disposición de *nobiles* ambiciosos, que además de gloria militar empezaron a acumular poder real.

Más que la cultura helenística, lo que alteró a Roma en el siglo segundo fueron sus éxitos militares para los que no estaba preparada y cuya consecuencia más importante fue la ruptura del frágil equilibrio sobre el que se basaba su sistema de gobierno: la cohesión de la *nobilitas* y la proyección del individuo.

⁷⁹ J. Rüpke, "Die religiöse Konstruktion des Kriges in Rom" en Hans Wissmann (ed.), *Krieg und Religion*, Würzburg, Königshausen und Neumann, 1994, pp. 55-78.

⁸⁰ J.J. Ferrary, "The Hellenistic World and Roman Political Patronage, P. Cartledge, P. Garnsey, and E.S. Gruen, *Hellenistic Constructs...*, pp. 105-119.